

# EL RUTA

Siñüenza - Alcalá

FIDEL VELA



CULTIVALIBROS

## Annotation

La presente novela podría considerarse de viajes si no fuera porque se trata de una obra de ficción y los personajes no viajan voluntariamente sino forzados por la naturaleza de su trabajo. En cualquier caso, el territorio por el que circulan los protagonistas de ficción es real, al menos durante la época en que fue contemplado.

El narrador, neutro y distante, pero al mismo tiempo lo suficientemente cercano, se limita a recoger, como una cámara de vídeo con zoom, todo aquello que su mirada y su oído perciben. No interviene ni juzga, solamente muestra. Por lo demás, muy al estilo de los últimos libros del autor, éste no se cuela en el interior de sus personajes para develar sus pensamientos ni su sentir; todo ha de intuirse a través de sus actos y sus palabras, como en la vida misma.

El Ruta parte al amanecer de la histórica y monumental ciudad de Sigüenza y concluye su trayecto narrativo a altas horas de la noche del siguiente día en la no menos histórica y monumental ciudad de Alcalá de Henares, habiendo efectuado paradas en todas las estaciones del recorrido. Una novela realista y fascinante, que a nadie puede dejar indiferente.

---

**Fidel Vela**

**El Ruta**

**Sigüenza-Alcalá**

Colección Cultiva número 203

1ª Edición: Febrero 2011

© Fidel Vela García

© Cultiva Libros S.L.

Edición. A. de Lamo

Maquetación: José Mª Lázaro Castillo

Fotografía de portada: Juan Caballero

Impresión: PUBLIDISA

ISBN: 978-84-9923-584-4

Depósito Legal.SE-1296-2011

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada, vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Para Alejandro, Pablo, Jorge y Laura

## PRÓLOGO

### HUMO, SUDOR Y HIERRO

Lo primero que pensé al terminar de leer *El Ruta* es que tanto la novela como su autor, Fidel Vela, se mueven con una saludable independencia respecto de las modas literarias. Habrá quien diga que así se corre un riesgo innecesario (comercial, se entiende). Es posible, no lo sé. De lo que sí estoy convencido es de que esa independencia (de fondo y de forma) es sincera y propia de escritores maduros, con una cierta edad. Historias como ésta —no autobiográfica, precisamente— sólo pueden salir de la cabeza y el corazón de uno de esos escritores —alejados del ambicioso apremio de la impaciencia juvenil— que se deciden a contar lo que han vivido y conocen. Ya saben, tipos que jamás perderían el tiempo hablando de lo que lograrán ser cuando el mundo rueda de otra manera.

*El Ruta* es una novela sthendaliana y responde fielmente a la definición que del género dio el genial autor de *Rojo y negro*: “un espejo paseándose a lo largo de un camino” Un camino de hierro, en este caso, que comienza en Sigüenza y finaliza en Alcalá de Henares. Y cuyo paisaje se va reflejando especularmente durante el trayecto como si fuera otro personaje más. Eso, desde luego, lo percibe el lector desde la primera página hasta la última y con los cinco sentidos. *El Ruta* va recorriendo, en su viaje alrededor de sí mismo, una amplia zona de la provincia de Guadalajara —trasunto geográfico a escala reducida de la España de siempre— y ese paisaje se nos muestra con una fuerza sensorial fuera de lo común. Yo diría que se le puede ver, oír, oler, saborear y palpar. Eso es algo que ha desaparecido ya de la mayor parte de la narrativa española actual, mucho más atenta a las sugerencias abstractas del mundo virtual y las realidades paralelas de *Matrix* que a los personajes de

carne y hueso. Pero a mí esta recuperación poética que en *El Ruta* hace Fidel Vela del paisaje como generador de emociones, me parece un acto de justicia literaria y un gesto de valor. Corren tiempos en los que el canon novelístico imperante anda empeñado en primar argumentos proyectados sobre trasfondos “negros” —muy desteñidos por culpa de su desproporcionada mezcla con el color rojo dogmático— o sobre ambientes incoloros, inodoros e insípidos en los que interesa exclusivamente el ombliguista paisaje interior de los personajes.

*El Ruta*, por el contrario, sigue otro rumbo. Aunque rinde tributo —incluso estilístico— al realismo social de otra época, no se deja arrastrar por las rutinas de modelos caducos. La novela empieza siendo una historia ambientada en los mesetarios años sesenta, época que nuestra olvidadiza democracia ha decidido arrojar al museo-contenedor de los materiales desechables. De hecho, esta historia incluye todo un inventario sentimental de cuanto ha sido borrado deliberadamente de nuestra memoria: huertas rurales recalificadas por la voracidad especulativa, trenes de mercancías comarcales enviados al elefanciaco cementerio de los chatarreros, oficios ligados al mundo ferroviario que han sido suprimidos en aras de la tecnología-punta, esperanzas estafadas a generaciones enteras que confiaban ingenuamente en que las grandes palabras no estarían vacías como el tramposo cubilete del trilero. Así que, en esas condiciones, lo previsible hubiera sido que *El Ruta* acabara siendo un relato crepuscular más, otro menú del día para consumo de nostálgicos; algo así como una pila nueva para los relojes atrasados de esos ancianos que enferman de melancolía. Al fin y al cabo, ya se sabe, se canta lo que se pierde. Pero nada de eso se van a encontrar aquellos que lean estas páginas. El tren de *El Ruta* avanza a su aire; se detiene o vuelve a ponerse en marcha según su propio plan de ruta secreto que los lectores van descubriendo, kilómetro a kilómetro, de esa vía que no está muerta ni viva sino todo lo

contrario. Sorprende la violencia subterránea de su argumento, seca y contundente como un gancho de boxeador profesional. Emociona la fuerza lírica de esas descripciones sobre ciertas maniobras técnicas, en las que el autor logra sacar brillo de ámbar hasta del mismísimo carbón que alimenta la máquina, y como no recordábamos desde los versos de Neruda y Celaya. Sobrecoge la vigencia demoledora de su alegoría; esa puñetera actualidad de su metáfora que, salvando las distancias, aparenta hablarnos del ayer para sugerirnos muchos de los eternos problemas pendientes.

*El Ruta* es el nombre de un tren de mercancías comarcal de aquellos que llevaban a bordo su propio grupo de trabajadores especializados en las diferentes maniobras del sistema. Tren y ocupantes se embarcan en un viaje físico y moral —como lo son todos— sólo que esta vez ese desplazamiento tiene lugar, curiosamente, en un entorno de foto-fija; dentro de un escenario social totalmente inmovilizado porque alguien decidió en su momento accionar el freno principal, el de la Historia. Demasiado parecido con nuestro “aquí y ahora” para ser casual.

Balta, Ramírez, el *Madrí*, Benavides, Sergio, El Andaluz, todos ellos aparecen a los ojos del lector con su bagaje de antihéroes a sueldo. Son mitad samaritanos y mitad mercenarios que asumen la responsabilidad solidaria de transportar la peligrosa carga de un compañero gravemente enfermo, igual que aquellos camioneros de la película *El salario del miedo*, eran contratados para transportar nitroglicerina líquida a través del desierto. Compromisos de esos que nunca salen gratis porque tienen sus consecuencias y ninguna es buena.

Yo creo que *El Ruta* habla de todo esto con una voz personal y comprometida con la literatura. Puestos a sacarle punta al libro, se le podría acusar —un cargo para enorgullecerse, indudablemente— de ser heredero y tributario del más importante de nuestros clásicos. Lo digo porque



leyendo esta novela uno tiene, a veces, la impresión de que por sus páginas merodean los espíritus parejos de Don Quijote y Sancho Panza, dedicados a calentar la cabeza de los protagonistas con sus sabidurías inmortales acerca del misterio de la condición humana. Igual que aquellos apuntadores antiguos ayudaban a los actores a lo largo de la función de teatro, siempre en voz baja. No tanto para recordarles el texto de la obra —cuando se quedaban con la mente en blanco—, como para ayudarles a explicarse ante el público. Es decir, a entenderse a sí mismos. En este sentido me viene a la memoria esa espléndida anécdota, mediada la novela, en la que un maestro jubilado, y medio orate, se empeña en razonar muy seriamente ante sus interlocutores que el río Henares desemboca en el Océano Atlántico. Porque, creo que no lo he contado aún, el argumento de *El Ruta* sigue el curso entrañable de ese río —tan maltratado desde siempre por casi todos, incluidos aquellos que presumen de defenderlo— y acaba desembocando en un desenlace inevitable como en las tragedias griegas. Después de todo, el viaje de *El Ruta* es un trozo de vida y a estas alturas ya todos deberíamos saber que la vida mata.

Aunque ese desenlace sea el eslabón final de una larga cadena que empezó con un mono levantándose para mirar el horizonte y todo apunte a que nunca llegará a erguirse del todo. Se lo impide esa cadena —circular, cerrada, viciosa— en la que cada vez resulta más difícil distinguir la menor diferencia entre el primer eslabón y el último.

SERGIO COELLO

## NOTA DEL AUTOR

Esta novela la escribí en los primeros años 60 y está ambientada, poco más o menos, en las mismas fechas. No es por tanto una novela histórica. Quedó finalista en el Premio Ruedo Ibérico de París en 1964, cuyo ganador fue Armando López Salinas. No llegó a publicarse por razones obvias. Olvidada en un cajón de papeles y documentos, la rescaté del olvido hace un par de años, a instancias de varios amigos, entre los que se hallan, Antonio Pérez y José Esteban, de mis hijos Octavio y Mariví y de mi hermano Pedro, a quienes agradezco su interés afectivo y su inestimable colaboración. Se pierde lo que se guarda y se gana lo que se da. Mis ocupaciones tanto profesionales como políticas, interrumpieron durante bastante tiempo mi quehacer literario. Desde que estoy jubilado de ambas, he publicado alguna obra nueva y otras antiguas e inéditas. Es el caso de *El Ruta*, que revisada y corregida a conciencia en su parte formal y con ligeros retoques sobre el fondo, he decido publicarla al entender que contiene algún elemento que puede interesar al lector. «Los *personaje* son auténticos —como dijo un amigo andaluz—; están *zacaos* de la *vía* misma».

De aquella época remota, en la que se gestó y materializó *El Ruta*, quiero recordar a los amigos, algunos ya fallecidos, que nos reuníamos en el Café Pelayo de Madrid, donde intercambiábamos inquietudes y esperanzas sobre literatura, arte, política... Juan García Hortelano, Andrés Sorrel, Carlos Álvarez, Antonio Martínez Menchén, Gabriel Celaya y su inseparable compañera Amparito, Armando López Salinas, Antonio Ferres, Ricardo Zamorano, Jaime Ballesteros, más otros que ahora no recuerdo y, por supuesto, Pepe Esteban y Antonio Pérez, a quienes considero legítimos padrinos de *El ruta*. Todos ellos han desarrollado, desde en-

tonces, una importantísima obra literaria o artística. Por su compañerismo y su amistad, gracias.

...O le hace abrirse una senda que no es la que ellos frecuentan, entonces se le declarará la guerra al desgraciado convertido en pasto de murmuraciones, cebo de calumnias, imán de censuras, presa de lenguas y blanco de ataques contra su honor. Le atribuirán lo que no ha dicho, le colgarán lo que no ha hecho, le imputarán lo que no ha preferido su corazón. Aunque sea hombre señalado y campeón en su ciencia... si se le ocurre escribir un libro, lo calumniarán, difamarán, contradirán y vejarán. Exagerarán y abultarán sus errores; censurarán hasta sus más insignificantes tropiezos; le negarán sus aciertos, callarán sus méritos y apostrofarán e increparán por sus descuidos, con lo cual sentirá decaer su energía, desalentarse su alma y enfriarse su corazón.

*El collar de la Paloma, de IBN HAZM*

Los *rutas* eran trenes de mercancías que circulaban por toda España recorriendo trayectos entre 100 y 200 kilómetros. El itinerario que recorrían se llamaba «sección de ruta». De ahí su nombre. Eran los trenes más lentos de los ferrocarriles españoles. Todos los demás tenían preferencia sobre ellos. Efectuaban cargas y descargas de *Pequeña Velocidad* y agregaban y segregaban vagones en las estaciones de la «sección de ruta». Desde su partida hasta el destino final, solían emplear un día completo en el mejor de los casos.

El sistema de frenado exigía la presencia de una brigada de agentes, compuesta por el conductor, o jefe de tren, que ocupaba el furgón de cabeza, inmediatamente después de la locomotora; el guardafrenos, o segundo de a bordo, que viajaba en el furgón de cola, y un número aleatorio de empleados —llamados mozos de tren— en función de la longitud del ruta y del perfil de la vía, que accionaban los frenos en unas estrechas garitas instaladas en los vagones, cuando la máquina tractora lo requería.

La tracción era realizada por una locomotora de vapor en perfil descendente o por dos, situada una en cola del tren, en ascendente. Del funcionamiento de la locomotora se encargaban dos personas: el maquinista y el fogonero. El maquinista se ocupaba de la parte más técnica, responsable de la marcha y las señales; mientras la principal labor del fogonero consistía en suministrar carbón a la caldera de la máquina desde el ténder.

El Ruta...

★

Había recorrido el largo y angosto pasillo a oscuras, rozando la pared con el dorso de la mano para orientarse. Encendió la luz de la cocina, instante que cuatro o cinco cucarachas debieron interpretar como el pistoletazo de salida, porque salieron disparadas en dirección a la meta situada

bajo las puertas del fregadero. Los ratones, como todas las mañanas, ronchaban en el interior de la leñera. Aurelio Puertas pegó una patada en la madera y los ratones callaron. Luego se lavó ligeramente la cara en el grifo de la pila de fregar. Encima de la mesa descansaba la arquilla con la comida del día y el frasco de la medicina. Un golpe de tos le convulsionó todo el cuerpo. Expectoró abundantemente en el cubo de la basura cuando su mujer, desgredada, estirándose el vestido, irrumpió en la cocina.

—Te empeñas, pero yo creo que no estás en condiciones de trabajar.

—Ya hemos hablado muchas veces de eso y no le veo otra salida —dijo Aurelio Puertas—. Una semana más de baja, lo justo para que me echen a la puta calle.

—La culpa la tiene esta maldita casa, que nos va a matar a todos —exclamó la mujer—. ¡Mira qué manchones en las paredes! La humedad llega hasta el techo.

Aurelio Puertas bebió con desgana el café con leche que le había preparado su mujer y se dirigió a la habitación de los niños. El pequeño dormía con la boca abierta, abrazado a la almohada; la niña encogida, respiraba suavemente. Les dio un beso a cada uno y luego permaneció de pie, observándolos fijamente. Antes de salir volvió a besarlos de nuevo.

—Tómate la medicina a tus horas —recomendó la mujer cuando Aurelio caminaba ya, a pasos lentos e inseguros, calle abajo con la arquilla de madera a la espalda.

Eran las cinco de la mañana. Poco después amanecería. La mujer entró en la vivienda y comenzó la tarea de todos los días, remendar los sacos de la fábrica de piensos. «¡Qué va a ser de nosotros!», dijo en voz alta. Como si estas palabras le hubieran descubierto de pronto la realidad, prorrumpió en fuertes sollozos.

\*

De noche todavía, una claridad indecisa, preludio del amanecer, asomaba por el Este. Aurelio Puertas desembocó en la calle principal y se topó con el Rosario de la Aurora. Dos largas filas de mujeres, una por cada acera, entonaban el Ave María, dirigidas por un sacerdote que desfilaba por el centro de la calle. El sacerdote, entre canto y canto, alzaba la voz dirigiendo la mirada a balcones y ventanas: «¡Levántate, perezoso!». Los segadores dormían en las aceras y hasta en la propia calzada, lo que dificultaba el paso de las devotas, que se veían obligadas a alterar el orden de la fila. «Esto es un verdadero asco». Algunos segadores se despertaban sorprendidos, restregándose los ojos somnolientos, pero otros continuaron durmiendo, inmunes a los cánticos del cura y las mujeres. Algunas llevaban las manos juntas sobre el pecho y se cubrían las cabezas con velos negros.

Cuando el Rosario hubo pasado, Aurelio reanudó su camino hacia la estación de ferrocarril. Los segadores se acomodaron de nuevo, colocando sus alijos de forma que les permitieran conciliar el sueño interrumpido. Uno de ellos, sentado en el bordillo de la acera, requirió a Puertas. «¡Oiga, maestro! ¿Lleva usted fuego?».

A todo lo largo del paseo, hasta la misma estación, había segadores tumbados debajo de los árboles, en los jardines, junto a los evónimos, al amparo de las barandillas del puente... Pero el grueso de los durmientes se concentraba en el vestíbulo de la estación. Estaban tan apiñados que algunos reposaban la cabeza sobre el cuerpo de otros compañeros. Los más afortunados dormían sobre los mostradores de equipajes. Cuerpos en desorden, figuras grotescas o trágicas, vestidos de andrajos, como los cadáveres después de una batalla. Ocultaban sus rostros bajo los mugrientos sombreros de paja. Junto a cada uno, el pequeño hatijo de trapos y las curvas hoces delicadamente cubiertas por una cuerda o una cinta enrolladas. El resollar de tantos hombres juntos producía una extraña sensación de angustia